

Fracaso

Dos sonados fracasos amorosos

José H. Polo

Cyrano de Bergerac, de Rostand, y *Noches blancas*, de Dostoievsky son dos sonados fracasos amorosos cuyo último instante y un beso perdido pueden convertirlos en un éxito.



ILUSTRACIÓN: Amor imposible, Óscar Baiges

Ese “hundimiento estrepitoso de algo” que define el fracaso es una amenaza que, en todos los aspectos, pende siempre sobre nuestras cabezas. Es un no alcanzar aspiraciones queridas que suele sumir en tristeza y sensación de impotencia. Se habla, cómo no, de fracaso amoroso y la literatura está plagada de ejemplos. Dejando claro que son, con frecuencia, solo fracasos relativos y en ocasiones aparentes; porque pueden servir para comprender que, a veces, lo menos es mucho cuando caemos en la cuenta de que nunca alcanzaremos más. El rescoldo es un posible buen sucedáneo de la lumbre si la

llama ha desaparecido sin remedio. La literatura, repito, está llena de fracasos amorosos. No aquellos que la muerte frustra, como *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint Pierre, o “*María*”, de Jorge Isaac — hay muchos más, pero no se trata de componer un catálogo—, sino de los sobrevenidos *inter vivos*. De dos se me antoja hablar ahora: *Cyrano de Bergerac*, de Rostand, y *Noches blancas*, de Dostoievsky. Muy diferentes: el primero es un melodrama teatral, lleno de tragedia y ampulosidad; el segundo, una hermosa y poética balada. Teniendo en cuenta que, en ambos casos, hablamos, como Orte-

ga distinguía, del “amor entre personas y no entre cuerpos”, dejando aparte lo dudoso y acaso hipócrita de la distinción. Y sin que tenga que tratarse necesariamente del llamado “amor platónico”, cuya existencia es, al fin, dudosa.

Cyrano, el aventurero y poeta contemporáneo de los mosqueteros de Dumas es un hombre que arrastra el gran peso de su nariz enorme, fealdad que condiciona su vida. Está enamorado —no cesará jamás de estarlo— de la bella Roxana, pretendida por un orgulloso aristócrata y por el bello pero insustancial Christian, por quien la dama se

inclina. La sosería de este lleva a Cyrano, que desea la felicidad de Roxana, prima suya y compañera de juegos infantiles, a prestarle su voz y su estro en una inefable escena nocturna. Roxana en su balcón, el vano Christian abajo, sin saber cómo cortejarla ni qué decirle; y, amparado en la sombra, Cyrano recitando, en lugar de aquel, poéticas endechas que han de rendir la voluntad, ya propicia, de Roxana, velando sus sentimientos propios: “El alma que ama y revelarlo no osa / con la razón se encubre, pudorosa”. Cyrano y Christian van a la guerra y en plena batalla muere Christian, por fortuna para el argumento. Cyrano ha tomado, cuando vivía aún aquel, su lugar para escribirle cartas inflamadas a Roxana que, luego, ella guarda como un tesoro. Cyrano, resignado, había dicho: “Mucho corazón me quitas, / mucho tengo para amarte”. Algo llega a presumir Roxana cuando, tiempo en medio, le permite a su primo amigo leer en alta voz alguna de las cartas suyas y comprueba que sigue haciéndolo, ya cerrada la noche y no puede verlas, porque las sabe de memoria. La acción continúa, el tiempo pasa; Roxana habita en un convento, donde su primo, ya entrado en años, la suele visitar. En una de las visitas, Cyrano llega, moribundo y herido por la espalda de un rufián y cobarde asesino. Y se acaba descubriendo todo: Roxana convencida de que él la ha amado siempre, siente en lo hondo de su propio pecho el mismo afecto por él. Le confiesa haberlo comprendido y Cyrano, al negarlo una y otra vez, se contradice y en realidad, lo reconoce: “¡No, no, amor mío, / yo no os amé jamás!”. E, inevitablemente, muere. Él mismo había escrito su epitafio: “Por su nariz y su espada, / terror de necios, reposa / Cyrano bajo esta losa: / ¡lo fue todo y no fue nada!”.

De mi juventud cinéfila, recuerdo aquel filme de 1950, protagonizado por un genial José Ferrer, encarnando a Cyrano, que tanto me gustó. Mucho más que la posterior,

de 1990, con un Depardieu a mi juicio menos convincente, en el papel del espadachín de la nariz fiera y quevedesca.

Repito que el idilio malogrado de *Noches blancas* nada tiene que ver con el amor escondido del Cyrano. Es un relato poético de una fuerza evocadora y un ambiente pleno de energía poética que a mí, no lo oculto, me atrae mucho más. La bella Nástenka, deliciosa muchacha, es sincera, no juega ni pide endechas.

“ El idilio malogrado de *Noches blancas* nada tiene que ver con el amor escondido del Cyrano. ”

Está enamorada de otro, espera su prometida vuelta de una ausencia obligada y se lo confiesa al amigo que la noche, rutilante de luz, de Petersburgo le ha regalado como un consuelo eficaz y fidelísimo que alivia el dolor de la espera y de la duda. El soñador está locamente prendido de su alma hermosa. La atmósfera del escenario, subyugadora y un tanto engañosa, que va a impregnar la novela, aparece ya en el comienzo, cuando el narrador anuncia que “era una noche prodigiosa” y su cielo “tan hondo y tan claro que, al mirarlo, no tenía uno más remedio que preguntarse, sin querer, si era verdad que bajo un cielo semejante pudiesen vivir criaturas malas y tétricas”. Salva a aquella muchacha que lloraba de pechos en el pretil del canal, cerca del Neva, del acoso de un importuno, la acompaña, se hacen amigos. Se producen, en las sucesivas noches que se encuentran, diálogos deliciosos, sinceros y cautos a la vez, de una alegría nueva. Amistosas confesiones, en una simbiosis que remedia dolores y soledades de dos seres que suspiran de amor y, de modo distinto, de ausencia. Ella explica su estancia, noche a noche, en el lugar: su novio, a punto de vol-

ver, la ha citado allí sin concretar la fecha. Pese a ello, van enredándose en una relación limpia, prestándose apoyo mutuo, fieles cada uno a su propia lealtad, a sí mismo él y a su anhelo, al recuerdo del viajero ella. Simpatizan, el soñador y Nástenka. Las noches blancas trenzan un nudo que es mero embeleco, dotado de la fulgurante belleza de lo ilusorio. Porque él se ilusiona; pero ella pone condición a la amistad que los va uniendo: “no me haga el amor, no podría ser de modo alguno”. Será su amiga, “pero otra cosa no, se lo ruego”. Y el soñador, venciendo su creciente ardor, se lo promete.

Hasta que, en la última noche, el amado ausente llega. La reconoce, la llama y Nástenka acude y anida en sus brazos, trémula, ansiosa. Vuelve al soñador y se despide de él con un beso en los labios. Acto seguido, torna al amante recobrado y se marchan los dos. “Mis noches terminan con una mañana” dice el narrador. Temprano, recibe una carta de ella, con protestas de amistad y el anuncio de su inminente casamiento. Él piensa en ella con amor y un ferviente deseo de que sea feliz le invade. Recuerda el beso y concluye: “¡Todo un momento de felicidad, sí! ¿No es eso bastante para colmar una vida?”. Ante este final, hemos de preguntarnos: ¿expresa, narra en realidad *Noches blancas* un amor fracasado? ¿Podemos con exactitud, en justicia, hablar de fracaso cuando queda el recuerdo, el simple efluvio de un instante feliz? Si no de forma literal y explícita, Dostoievsky deja en el aire esta pregunta. El amor oculto, inconfesado durante años, acaso la vida entera, o perdido cuando, tras cuatro noches luminosas de Petersburgo, se ve privado para siempre de la menor esperanza, quizá no sea suficiente para calificar de fracaso la situación, sin embargo, dolorosa. Tal vez no tengamos derecho a llamarlo así, olvidando que fraguó también para el amador momentos de dicha.